

## EL ECUMENISMO DE LA VIDA CONSAGRADA<sup>1</sup>

### INTRODUCCIÓN

Hace sólo diez días celebrábamos el 50 aniversario de la clausura del Concilio Vaticano II. Ese gran Concilio que, como nos decía el Papa Francisco en su Carta con ocasión del Año de la Vida Consagrada, “ha representado un *soplo* del Espíritu para toda la Iglesia”. “Gracias a él –añadía– la vida consagrada ha puesto en marcha un fructífero proceso de renovación que, con sus luces y sombras, ha sido un tiempo de gracia, marcado por la presencia del Espíritu”<sup>2</sup>.

Este proceso de renovación impulsado por el Concilio no ha afectado sólo a la vida consagrada. Toda la Iglesia, en sus diversos ámbitos, instancias y expresiones, se ha visto zarandeada por ese soplo del Espíritu, que la ha llevado a emprender un camino de reforma permanente para actualizar el proyecto original y cumplir mejor su misión en el mundo. Por esta voluntad de volver a las fuentes y, al mismo tiempo, responder a los signos de los tiempos, la Iglesia Católica ha asumido con decisión la llamada a restaurar la unidad plena y

1 Comunicación presentada en el XLI Congreso organizado por el Instituto de Teología de la Vida Consagrada *Claretianum* en el Aula Magna de la Universidad Urbaniana (Roma, 18 diciembre 2015).

2 Papa Francisco, *Carta Apostólica a todos los consagrados con ocasión del Año de la Vida Consagrada*: Acta Apostolicae Sedis 106 (2014) 935-947, cit. 937.

visible de todos los cristianos. Esta aspiración ecuménica fue –como sabemos– desde el principio uno de los objetivos del Concilio.

Al hacer un balance del camino recorrido en estos cincuenta años de ecumenismo, es preciso destacar que, aunque todavía no hayamos alcanzado la unidad plena y visible, los cristianos no podemos considerarnos como *hermanos separados*. Esta expresión, todavía empleada en el Concilio, no refleja la profunda comunión que existe entre nosotros en virtud de la común pertenencia a Cristo, radicada en el único Bautismo. Así, como fruto precioso del diálogo y de la acción del Espíritu, hoy podemos vivir y celebrar la *fraternidad reencontrada*<sup>3</sup>.

Esta experiencia dichosa, que muchos hemos podido compartir en actos de oración y en diversos encuentros con hermanos de otras confesiones, no es ninguna novedad para los miles de personas consagradas que forman parte de las comunidades ecuménicas. En ellas se vislumbra y se puede anticipar el gozo de la plena comunión entre hermanos de distintas tradiciones eclesiales. Pero el ecumenismo de la vida consagrada no debería ser un hecho meramente ocasional, o una experiencia singular, reservada solamente a algunos privilegiados. Por el contrario, la experiencia de comunión ecuménica tendría que ser una dimensión connaturalmente presente y operante en toda forma de vida consagrada.

Esta connaturalidad entre el ecumenismo y la vida consagrada es lo que me gustaría mostrar en esta comunicación. Para ello, en los límites del tiempo marcado, voy a apuntar primeramente algunos datos de tipo histórico (apenas un simple muestreo, a falta de una más completa argumentación *de facto*) y, en un segundo momento, voy a presentar algunos elementos de fundamentación teológica (que podrían ser el esbozo de una más completa argumentación *de iure*). Veámoslos sin más dilaciones.

3 Cf. SAN JUAN PABLO II, *Carta Encíclica Ut Unum Sint sobre el empeño ecuménico* (25-5-1995), nn. 41-43.

## 1. EL ECUMENISMO DE LA VIDA CONSAGRADA: UNA HISTORIA DE AMOR

La relación entre el ecumenismo y la vida consagrada podría considerarse, ante todo, como una larga historia de amor. De hecho, así la han vivido muchos de los protagonistas, que ahora nos disponemos a presentar brevemente, de manera muy sintética y selectiva.

Para empezar, conviene recordar que en las raíces mismas de la vida consagrada alienta el deseo vehemente de seguir a Jesucristo y de estar en comunión de vida con él a la manera de los apóstoles. Después de Pascua, este modelo de la comunidad apostólica se expresa en los famosos sumarios de los Hechos de los Apóstoles que describen la comunión que reinaba en la Iglesia naciente, donde “el grupo de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma; nadie llamaba suyo propio a nada de lo que tenía, pues lo poseían todo en común...” (Hch 4,32; cf. 2,42-47). Aunque sea un retrato idealizado, “estos pasajes han supuesto una intensa y constante fuente de referencia e inspiración para la vida religiosa, especialmente de índole cenobítica, a lo largo de la historia”<sup>4</sup>. Vienen aquí a la mente los nombres ilustres de Antonio, Pacomio, Basilio, Casiano, Agustín, Benito, Francisco, Domingo... y tantos otros fundadores de familias religiosas que han plasmado en sus Reglas y han recreado en su estilo de vida este ideal de la *vita apostolica*<sup>5</sup>.

4 R. VOLO PÉREZ, *Una vida inspirada por el Evangelio. Nuevo Testamento y Vida Consagrada* (Publicaciones Claretianas, Madrid 2014), p. 69. Cita como ejemplo a San Agustín y su ideal monástico, “donde el santo pone el acento en aquello que considera el corazón mismo de la institución monástica: la comunidad de bienes de acuerdo con el ideal establecido en Hch 4,32-34” (*Ibid.*, 72, en referencia a A. MASOLIVER, *Historia del monacato cristiano I*. Desde los orígenes hasta San Basilio (Ed. Encuentro, Madrid 1978), p. 89). Recordemos que el Concilio se hace eco de este paradigma en el n° 15 del decreto *Perfectae Caritatis*.

5 Cf. J.M.R. TILLARD, *El proyecto de vida de los religiosos* (Publicaciones Claretianas, Madrid 1974), espec. 206-224; más ampliamente, J. ÁLVAREZ, *Historia de la vida religiosa*. I: Desde los orígenes hasta la reforma cluniacense (Publicaciones Claretianas, Madrid 1987), espec. 107-109 (“La comunidad primitiva, modelo para las comunidades religiosas de todos los tiempos”).

Pues bien, el modelo de la Iglesia primitiva, fruto de la Pascua y del don del Espíritu, va a inspirar también el desarrollo del ecumenismo, en la medida en que la unidad de la Iglesia de Cristo se entiende como una comunión (*koinonía*) fundada y configurada sobre la enseñanza de los Apóstoles (*didaché*), la “fracción del pan” y las oraciones (*leitourgía*), la comunidad de bienes y el servicio fraterno (*diakonía*) y el testimonio evangelizador (*kerygma*, *martyría*). En esta comunión fraterna, la unidad y la diversidad se armonizan y alimentan mutuamente, como signo y primicia de un mundo renovado en el que todos los hijos e hijas de Dios pueden encontrarse y convivir como una gran familia.

Pero hemos de avanzar en nuestra historia. Aunque Lutero y los demás Reformadores rechazaran la concepción medieval de los votos y el estado monástico, el proyecto evangélico de vida consagrada en comunidad fraterna ha conservado su poder de atracción en las Iglesias surgidas de la Reforma.<sup>6</sup> De este modo, en diversas ramas del Protestantismo encontramos comunidades que, para vivir la comunión de vida con Jesús a la manera de los apóstoles, han recuperado muchos elementos valiosos de la tradición monástica que son patrimonio común de la Iglesia indivisa. Algunas han llegado incluso a adoptar, con las debidas adaptaciones, la regla y los estilos de una u otra de las grandes familias religiosas: benedictina, agustina, franciscana, carmelita... Compartiendo el mismo carisma y proyecto de vida, estas comunidades realizan un profundo intercambio de dones que construye –y de algún modo anticipa– la unidad plena y visible de la Iglesia de Cristo.

Esta misma apreciación debe extenderse a las nuevas comunidades de vida consagrada que el Espíritu ha suscitado en el seno de las Iglesias reformadas. En muchas de ellas el

6 Cf. J. GARCÍA HERNANDO, *Los religiosos en el ámbito de la reconciliación ecuménica*: Vida Religiosa 58(1985) 275-285; ID., *La vida religiosa en las Iglesias de la Reforma*: Vida Religiosa 62/5 (1987) 325-339 (todo el n° es monográfico: “Pasión por la unidad”. *Religiosos en las Iglesias*). Para una valoración ponderada de la postura de los Reformadores y para la recuperación actual del monaquismo en las Iglesias protestantes ha sido importante la obra de R. ESNAULT, *Luther et le monachisme aujourd’hui* (Labor et Fides, Genève 1964).

anhelo de unidad está presente desde el principio, inspirando su creación y configuración concreta. Un ejemplo podrían ser las *Diaconisas de Reuilly*, cuya fundadora Caroline Malvesin escribía ya un 10 de febrero de 1841: “Yo creo que cada uno de nosotros tiene una intuición íntima que le hace conocer cuál es su misión. En mi caso, siento que mi tarea es ser un instrumento del Señor para apresurar el momento dichoso en que no habrá más que un solo rebaño guiado por un solo pastor”. Y, unos días después expresaba este deseo vehemente: “Oh, ¡cuándo llegará el tiempo en que no se recordarán las palabras *protestantes*, *católicos*, sino para dar gracias al Señor de que ya no existen, y en que la gran familia cristiana se saciará en la fuente de agua viva que salta hasta la vida eterna!”<sup>7</sup>.

Caroline sufría al ver que tanto la Iglesia Romana como la Reforma –cada una a su modo– han llegado a desfigurar el Cristianismo, y desde esta dolorosa percepción abogaba por la superación de lo que hoy llamaríamos los *confesionalismos excluyentes*<sup>8</sup>. Pero sus reticencias hacia el catolicismo romano no impedirán a la incipiente comunidad ir descubriendo e integrando en su proyecto de vida los elementos nucleares de la tradición monástica: la vida en común, la consagración y los votos (obediencia, celibato, comunión de bienes), el hábito religioso, el silencio, la oración de las horas, la *lectio divina*, la hospitalidad y el acompañamiento espiritual... Al mismo tiempo, el grupo inicial de diaconisas –de filiación luterana y reformada– se va enriqueciendo con la incorporación de hermanas provenientes de otras ramas de la Reforma: bautistas, mennonitas, Ejército de Salvación... Y este proceso de apertura ecuménica les llevará también a estrechar relaciones con la Iglesia Católica, hasta llegar a formar comunidades mixtas en las que se comparten las riquezas de cada tradición confesional.

7 Extractos de sus cartas al Pastor Antoine Vermeil –cofundador de las Diaconisas– tomados de la reciente obra de SOEUR BÉNÉDICTE GIRARD, *À la recherche de la grande couleur chrétienne. L'engagement oecuménique de la communauté des diaconesses de Reuilly* (Éd. Olivétan, Lyon 2015), p. 24s.

8 Es importante a este propósito el documento del Grupo des Dombes, *Pour la conversion des Églises. Identité et changement dans la dynamique de conversion* (Le Centurion, Paris 1991).

Este proceso de crecimiento y maduración ecuménica que las Diaconisas de Reuilly han vivido a lo largo de sus 175 años de historia lo vemos concentrado en el itinerario personal de un joven pastor suizo, de nombre Roger Schutz, a quien todos conocemos como el Hno. Roger de Taizé. En julio de 1941 –justo un siglo después de esas cartas de Sor Caroline y tras un año de su llegada a Taizé– el Hno. Roger escribe y comparte con el P. Paul Couturier un primer esbozo de la comunidad: una fraternidad evangélica de inspiración monástica que con el tiempo va a convertirse en un poderoso fermento de reconciliación y de unidad para todas las Iglesias cristianas. El camino personal del Hno. Roger, que ha inspirado también la marcha de la comunidad, podría resumirse en esta confesión testimonial: “He encontrado mi propia identidad de cristiano reconciliando en mí mismo la fe de mis orígenes con el misterio de la fe católica, sin ruptura de comunión con nadie”<sup>9</sup>.

Al igual que Taizé, hay otras muchas comunidades de origen protestante –luterano o reformado– que son verdaderos focos de irradiación ecuménica. Es el caso de las comunidades de Pomeyrol (Francia), Grandchamp (Suiza), Iona (Escocia), Imshausen, Darmstadt o Casteller Ring (Alemania), por citar sólo algunos nombres bien conocidos en nuestro escenario europeo<sup>10</sup>.

Si dirigimos la mirada hacia el ámbito del Anglicanismo, a partir del siglo XIX y, más concretamente, del *Movimiento de Oxford*, tiene lugar un notable florecimiento de las órdenes religiosas, tanto masculinas como femeninas, con reglas y

9 Cf. Fr. Richard, *Taizé: la «parabole de la communauté»*: Unités des Chrétiens 159 (2010) 13-16, cit. 15; también Fr. Alois, «Ten pasión por la unidad del Cuerpo de Cristo». *El camino de comunión que se sigue en Taizé*: Concilium 340 (2011) 185-196, cit. 191. El Hno. Roger dio este testimonio en la Basílica de San Pedro en Roma, en presencia de Juan Pablo II, con ocasión del encuentro europeo de jóvenes de 1980.

10 En esta revalorización de la vida comunitaria dentro del Protestantismo ha ejercido un gran influjo Dietrich Bonhoeffer (1906-1945), teólogo, pastor y mártir de la *Iglesia Confesante* de Alemania. Cf. D. BONHOEFFER, *Gemeinsames Leben* (München 1939); trad. cast. *Vida en comunidad* (Sígueme, Salamanca <sup>12</sup>2014). En esta obra se refleja la experiencia que en 1935 vivió Bonhoeffer en Londres, en una comunidad monástica anglicana –la Comunidad de la Resurrección, de Mirfield– y que luego compartió con los futuros Pastores de la *Iglesia Confesante* en Alemania.

estilos de vida muy similares a las de la Iglesia Católica (benedictina, agustiniana, franciscana, carmelita...). Una búsqueda rápida en Internet nos permite encontrar una lista con más de 100 nombres de órdenes diversas, bien sean de tipo contemplativo, apostólico o asistencial, con un número complejo de miembros de unos 2.500 (de los que un 55% serían monjas y un 45% monjes) y extendidas por los cinco continentes. Entre las más antiguas podemos citar la *Comunidad de Santa María* (New York 1865), la *Sociedad de San Juan Evangelista* (Cowley/Oxford, 1866), las *Hermanas de la Caridad* (Bristol, 1869), la *Comunidad de la Resurrección* (Radley-Mirfield, 1892) o la *Sociedad de la Sagrada Misión* (Kennington, 1893)<sup>11</sup>.

Entre los pioneros del ecumenismo surgidos del Movimiento de Oxford ocupa un lugar eminente la figura del Rev. Lewis Thomas Wattson, un sacerdote episcopaliano de EEUU que en los albores del s. XX fundó con la Hna. Lurana White la *Sociedad de la Reconciliación* (*Society of Atonement*), una congregación religiosa de hombres y mujeres que, desde su carisma franciscano, promueven la reconciliación entre las Iglesias y el servicio a los más pobres. El mismo P. Wattson, junto con otro sacerdote anglicano –el Rev. Spencer Jones– puso en marcha en 1908 el *Octavario de Oración por la Unidad Cristiana*, una iniciativa que hoy se practica universalmente con el patrocinio del Consejo Mundial de Iglesias y el Pontificio Consejo para la Unidad de los Cristianos. Para Paul Wattson (es el nombre que tomó al hacer la profesión religiosa) y los demás miembros de la *Sociedad de la Reconciliación*, el primer fruto de este Octavario fue su plena incorporación al año siguiente (1909) a la Iglesia católica, en la que siguen prestando un valioso servicio a la causa ecuménica. Para apreciar esto, no hay más que mirar la actividad que desarrolla aquí en Roma el *Centro Pro Unione*.

11 Cf. [https://de.wikipedia.org/wiki/Liste\\_anglikanischer\\_Orden](https://de.wikipedia.org/wiki/Liste_anglikanischer_Orden) (consultado el 25-11-2015). Para un informe completo y actualizado, cf. la publicación oficial: *Anglican Religious Life 2016-17. A Yearbook of Religious Orders and Communities in the Anglican Communion, and Tertiaries, Oblates, Associates and Companions* (Canterbury Press, Norwich 2015). Para una primera aproximación a esta realidad, cf. J. BOSCH, *¿Florecimiento de la vida religiosa en las Iglesias protestantes y anglicanas?:* *Communio* 3 (1981) 326-331, J. GARCÍA HERNANDO, *La vida religiosa en las Iglesias de la Reforma: Vida Religiosa* (62/5 (1987) 325-339).

En el seno del Catolicismo existen también otras comunidades religiosas que han nacido con una vocación marcadamente ecuménica, para hacer de puente entre las distintas Iglesias y vivir ya desde ahora el mayor grado de comunión que nos es posible. Es el caso, bien conocido, del *Monasterio benedictino de Chevetogne* (Bélgica), fundado por uno de los grandes pioneros del ecumenismo y de la renovación litúrgica, Dom Lambert Beauduin (1873-1960)<sup>12</sup>. Este “Monasterio de la Unión”, que desde 1925 a 1939 tuvo su primera sede en Amay-sur-Meuse, ha venido siendo un importante punto de encuentro entre las Iglesias de Oriente y Occidente, contribuyendo a un mejor conocimiento y aprecio de la tradición oriental (liturgia, iconografía, música religiosa...) y estableciendo estrechos vínculos de amistad y cooperación con estas Iglesias hermanas, sobre todo a nivel de las comunidades monásticas. La aportación del fundador de Chevetogne fue, además, decisiva en las *Conversaciones de Malinas* (1921-1927), que bajo la presidencia del Cardenal Mercier constituyeron el primer intento de diálogo oficioso de la Iglesia Católica con la Comunión Anglicana<sup>13</sup>. Fue Dom Lambert Beauduin quien elaboró el informe sobre *La Iglesia anglicana unida, no absorbida*, una expresión programática que se adelantaba a su tiempo y sigue conservando plena actualidad.

Por lo demás, en el trabajo por la unidad eclesial Dom Beauduin se vio acompañado por otras figuras señeras del ecumenismo, como el P. Fernand Portal, de la Congregación de la Misión (también llamados paúles o lazaristas), que promovió junto con su amigo Lord Halifax las mencionadas *Conversaciones de Malinas*, además de otras muchas iniciativas ecuménicas. Por estas iniciativas el P. Portal –igual que Dom Beauduin– tuvo que sufrir dolorosas incomprensiones, rechazos e incluso períodos de ostracismo, causados por parte

12 La figura y la obra de este gigante del ecumenismo y de la renovación litúrgica han sido objeto de numerosos estudios. Para una primera referencia, véase: [https://fr.wikipedia.org/wiki/Lambert\\_Beauduin](https://fr.wikipedia.org/wiki/Lambert_Beauduin); o bien M.VAN PARYS, *Le monastère de Chevetogne. Aimer et faire aimer l'Église: Unité des Chrétiens* 159 (2010) 11s.

13 El Cardenal Mercier nos ha legado este testamento espiritual que inspira a tantos ecumenistas: “Para unirse, hace falta amarse; para amarse, hace falta conocerse; para conocerse, hace falta que uno vaya al encuentro del otro”.



de quienes no admitían más ecumenismo que el del retorno de herejes y cismáticos al redil de la Iglesia Católica Romana (en 1928 la encíclica de Pío XI *Mortalium Animos*, exponente de esta mentalidad, prohibirá la participación de los católicos en iniciativas ecuménicas).

Otro de los compañeros de fatigas de Dom Beauduin en el trabajo ecuménico es el P. Paul Couturier, que fue oblato en Amay-sur-Meuse y que ha sido un promotor infatigable del ecumenismo espiritual a través de la Semana de Oración por la Unidad, a la que dio su orientación actual: “Que llegue la unidad visible del Reino de Dios, tal como Cristo la quiere, por los medios que Él quiera”. Igualmente, el P. Couturier contribuyó al diálogo teológico para la superación de las diferencias doctrinales entre católicos y protestantes con su aportación al *Grupo des Dombes*, que desde 1937 viene realizando una meritoria labor de acercamiento e iluminación en esas cuestiones controvertidas<sup>14</sup>.

Una comunidad monástica que desde el primer momento (un 6 de agosto de 1968) nació con una clara vocación ecuménica es la *Comunidad de Bose*, fundada por Enzo Bianchi e integrada por hombres y mujeres de diversas confesiones que viven el seguimiento de Cristo en fraternidad evangélica, cultivando la alabanza divina y el ministerio de la acogida y acompañamiento espiritual con un estilo de vida sencillo y austero. Su Regla, elaborada en 1972, se inspira en la gran tradición monástica de Oriente (S. Basilio) y Occidente (S. Benito)

14 Otra iniciativa del P. Couturier en el ámbito del ecumenismo espiritual es el *Monasterio invisible*, que “está constituido por el conjunto de almas a las que el Espíritu Santo ha podido hacer conocer íntimamente... el doloroso estado de la separación entre los cristianos, y en las que ese conocimiento ha engendrado un sufrimiento permanente, generador de una habitual oración y penitencia.” Cf. J. García Hernando, *La unidad es la meta, la oración el camino* (Atenas, Madrid 1996), 99-117, cit. 99s. Sobre el Grupo des Dombes, puede verse la tesis doctoral de J. SCAMPINI, «*La conversión de las iglesias. Una necesidad y una urgencia de la fe*». *La experiencia del Groupe des Dombes como desarrollo de un método ecuménico eclesial (1937-1997)* = Cahiers Oecuméniques 42 (Éd. Universitaires, Fribourg, Suisse, 2003); o también C.E. CLIFFORD, *The Groupe des Dombes: a dialogue of conversion* (Peter Lang, New York 2005). Para una primera aproximación, cf. E. GOUTAGNY, *Histoire du Groupe des Dombes*, en: <http://www.arccis.org/downloads/groupedesdombesi.pdf>.

con una marcada impronta franciscana. Al igual que Taizé o Chevetogne, la Comunidad de Bose –en sus diversas sedes– constituye un potente foco de irradiación espiritual, una fuente donde el agua fresca del Evangelio tiene sabor ecuménico<sup>15</sup>.

Junto a las comunidades religiosas más estables o institucionalizadas, sean antiguas o de reciente creación, encontramos también una gran variedad de grupos y movimientos de marcado carácter ecuménico que comparten muchos de los elementos comunes a las grandes familias religiosas, aunque otros –como el celibato, la vida en común o la consagración perpetua– puedan ser sólo opcionales. Una mención especial merece el *Movimiento de los Focolares* (también llamado *Obra de María*), fundado por Chiara Lubich en 1943 y hoy extendido con sus diversas ramas por todo el mundo. Menos conocida pero también pujante es la *Comunidad del Chemin Neuf*, surgida en Lyon en 1973 a partir de un grupo de renovación carismática y que hoy cuenta con cerca de 2.000 miembros en una treintena de países. Se presenta como “una comunidad católica con vocación ecuménica” integrada por matrimonios, familias y célibes consagrados de ambos sexos, que han optado por el seguimiento de Cristo pobre y humilde, formando comunidades que viven la pasión por la unidad (cf. Jn 17, 21) y se entregan al servicio de la Iglesia y del mundo. En la Comunidad se integran miembros de las diferentes confesiones cristianas (católicos, ortodoxos, anglicanos, reformados, luteranos, evangélicos y pentecostales) que tratan de vivir, rezar y evangelizar juntos, sin renunciar a su propia identidad y en comunión con sus respectivas Iglesias<sup>16</sup>.

Ya que hemos mencionado el *Centro Pro Unione*, no podemos pasar por alto el papel que han tenido los religiosos en la fundación o el desarrollo de los centros ecuménicos que promueven la causa de la unidad a diversos niveles: teológico, espiritual, pastoral, social... Por recordar sólo algunos más cercanos y reconocidos, en Italia está el Centro Ecuménico

15 Puede verse su página web: <http://www.monasterodibose.it/es/comunidad>. También s.v. *Bose* en *Dizionario degli Istituti di Perfezione*, vol. I (Paoline, Roma 1974), col. 1533-1537.

16 Ulteriores datos en <http://www.chemin-neuf.org/> y también en el art. de T. Watson, *La communauté du Chemin Neuf: la passion de l'unité: Unité des Chrétiens* 159 (2010) 19-22.

*San Nicola* (Bari), de los Dominicos; el de *San Bernardino* (Venezia), de los Franciscanos, el *Centro Uno* (Grottaferrata), del Movimiento Focolar; la *Cittadella Ecumenica* (Riano), de las Misioneras y Misioneros Ecuménicos... En Francia cabe destacar el Centro *Istina* (París), de los Dominicos, y el Centro *Unité Chrétienne* (Lyon), continuador de la obra del P. Couturier... En España, los religiosos han tenido o tienen un papel muy destacado en el Centro Ecuménico de Barcelona, el Centro Juan XXIII de Salamanca, el Centro P. Congar de Valencia, el Centro *Lux Mundi* de Fuengirola (Málaga), el Centro Ecuménico de las Misioneras de la Unidad (Madrid)...<sup>17</sup>

Más allá del ámbito institucional, esta panorámica sobre el ecumenismo de la vida consagrada podría ampliarse indefinidamente si pretendiéramos hacer un elenco nominal de todos los religiosos que han sido pioneros o protagonistas destacados del movimiento ecuménico. Algunos de estos nombres ya han aflorado en este rápido recorrido: Paul Watson, Lambert Beauduin, Fernand Portal, Paul Couturier, Roger Schutz... Pero la lista tendría que ser mucho más larga y aun así quedaría siempre incompleta, porque la unidad de la Iglesia no depende solamente de los grandes teólogos, los líderes carismáticos o los dirigentes eclesiásticos. Como afirma el Decreto conciliar *Unitatis Redintegratio*, “la preocupación y el cuidado por la instauración de la unidad corresponde a la Iglesia entera, tanto a los fieles como a los pastores, a cada uno según su capacidad...” (UR 5).

El mismo Concilio nos enseña que el alma del ecumenismo es la conversión del corazón y la santidad de vida (UR 8; también UUS 21; VC 100). Por eso, me limitaré a mencionar solamente el nombre de Sor María Gabriela Sagheddu, la religiosa trapense del Monasterio de Grottaferrata que en

17 El Centro Pro Unione ofrece en su página web un directorio bastante completo de centros ecuménicos en todo el mundo: [http://www.pro.urbe.it/dir-dir/i\\_direttorio.html](http://www.pro.urbe.it/dir-dir/i_direttorio.html). Podríamos ampliar el horizonte e incluir también las asociaciones ecuménicas, pero ello desbordaría excesivamente los límites de este trabajo. Como botón de muestra, baste con citar aquí la asociación E.I.I.R., fundada en 1970 por D. Julián García Hernando y Mons. Emiliano Timiadis, que organiza cada dos años encuentros interconfesionales de religiosos y religiosas en Europa. Para más detalles, puede verse el sitio web <https://eiir.wordpress.com/>

1938 –tras escuchar al P. Couturier– ofreció su vida como un holocausto de amor por la unidad de la Iglesia. Al proclamarla Beata (el 25-1-1983), San Juan Pablo II, proponía a esta humilde religiosa como modelo y protectora para todos los que sentimos –o debemos sentir– la pasión por la unidad. Como alguien ha dicho, lo que Santa Teresa de Lisieux es para las misiones, eso será la Beata María Gabriela de la Unidad para el ecumenismo<sup>18</sup>.

## 2. EL ECUMENISMO DE LA VIDA CONSAGRADA: LAS RAZONES DE UNA AFINIDAD PROFUNDA

El apresurado recorrido que acabamos de realizar por la historia nos ha mostrado los múltiples puntos de contacto, de encuentro y de comunicación que ha habido y sigue habiendo entre la vida consagrada y el ecumenismo<sup>19</sup>. Son como hilos multicolores que se van entrecruzando hasta formar un hermoso tapiz, en el que podemos ya intuir la imagen de la Iglesia del mañana, esa Iglesia por la que Jesús pidió en la Última Cena: “Padre, que todos sean uno” (Jn 17,21). Y a través de esa tupida red de conexiones hemos podido percibir también una afinidad más profunda, que nos permite hablar de una auténtica *historia de amor*. Pues bien, ahora mediante la reflexión teológica vamos a analizar las razones que motivan y sustentan esta profunda afinidad, esta connaturalidad que existe entre el ecumenismo y la vida consagrada. También aquí nuestra exposición tendrá que ser muy breve, casi telegráfica.

18 Cf. M. DE LA TRINITÉ KERVINGANT, *El Monacato, lugar ecuménico. La Beata María Gabriela* (BAC, Madrid 1985); sobre el ecumenismo espiritual, cf. J. GARCÍA HERNANDO, *La unidad es la meta, la oración el camino* (Athenas, Madrid 1996); W. KASPER, *Ecumenismo espiritual. Una guía práctica* (CLIE, Barcelona 2007).

19 En el n° 100 de la exhortación *Vita Consecrata*, el Papa Juan Pablo II señala cómo el Sínodo sobre la vida consagrada puso de relieve la profunda vinculación que ella tiene con la causa del ecumenismo y la necesidad de un testimonio más intenso en este campo. Más adelante destaca el papel de los monasterios de vida contemplativa en el ecumenismo espiritual, aunque –dice– “en realidad, ningún Instituto de vida consagrada ha de sentirse dispensado de trabajar en favor de esta causa” (VC 101).

### A. *El seguimiento de Jesucristo según el Evangelio*

El primer motivo que fundamenta el ecumenismo de la vida consagrada podría expresarse con las palabras de una declaración aprobada en 1982, tras un diálogo de cuatro años entre religiosos católicos y anglicanos promovido por la USG/UISG. En esta declaración se afirma con fuerza que “compartimos la misma vida religiosa”, y a continuación se añade: “Para todos nosotros, la vida religiosa es fundamentalmente un modo radical de vivir el Evangelio, de seguir a Jesús, y de dar nuestras vidas como Él lo hizo, en total obediencia a su Padre, por el Reino de Dios”<sup>20</sup>.

Dicho en una palabra, lo primero que une a la vida consagrada con el ecumenismo es su fundamental referencia a Cristo. La vida consagrada es un camino de seguimiento y configuración con Jesucristo, y este mismo camino es el que lleva a la unidad de las Iglesias, pues sólo en la fidelidad al Evangelio –regla suprema de todos los consagrados– podemos encontrarnos y reconocernos como miembros de la única Iglesia de Cristo. Dicho de otro modo, el camino de vida religiosa y el camino de la unidad coinciden fundamentalmente en que ambos son camino de identificación con Cristo y, por ende, camino de santidad.

En 1962, el Hno. Roger de Taizé explicaba esta coincidencia profunda a uno de los pioneros del ecumenismo en España –Don Julián García Hernando– acudiendo a la experiencia del Apóstol Pablo (cf. Gal 2,20): “¿Sabe usted cuándo llegaremos a la unidad? Cuando ustedes, los católicos, se hayan identificado con Cristo de tal modo que puedan repetir las palabras de San Pablo, que dice: “vivo yo, pero no soy yo quien vive, sino que es Cristo quien vive en mí”, y cuando nosotros, los protestantes, podamos repetir auténticamente las mismas palabras del Apóstol. Ese día habremos llegado a la unidad”<sup>21</sup>.

20 CONSEJO ECUMÉNICO DE RELIGIOSOS, «Compartimos la misma Vida Religiosa»: *Vida Religiosa* 62/5 (1987) 368-370, cit. 369. Como se indica en nota, por la parte católica este diálogo estuvo patrocinado por la UISG-USG y en él jugó un papel importante el P. Arrupe, que era entonces Presidente de la USG.

21 Y daba esta explicación: “Porque dos cosas que son iguales a una tercera –en este caso, Cristo– son iguales entre sí”: J. GARCÍA HERNANDO, *La unidad es la meta, la oración el camino* (Atenas, Madrid 1996), p.

Desde esta perspectiva se entiende la primacía del ecumenismo espiritual, que nos lleva a identificarnos con la voluntad de Cristo y, en Cristo, por la fuerza del Espíritu, nos hace entrar en comunión con el Padre y con todos los hijos de Dios dispersos... “Crear en Cristo –decía Juan Pablo II– significa querer la unidad; querer la unidad significa querer la Iglesia; querer la Iglesia significa querer la comunión de gracia que corresponde al designio del Padre desde toda la eternidad. Este es el significado de la oración de Cristo: «*Ut unum sint*»” (UUS 9). Cuando la hacemos nuestra, cuando oramos juntos por la unidad, nuestra petición es escuchada: el Señor nos concede experimentar la ya desde ahora. Así lo explicaba el Hno. Alois de Taizé –sucesor del Hno. Roger– en su *Carta de Calcuta* (2007): “Cuando nos volvemos juntos hacia Cristo, cuando nos reunimos en una oración común, el Espíritu Santo ya nos está uniendo. Humildemente, en la oración, aprendemos sin cesar a pertenecernos unos a los otros”<sup>22</sup>.

La oración, si es auténtica, nos lleva a convertirnos y vivir el Evangelio. La vida consagrada –decía Benedicto XVI– “nace de la escucha de la Palabra de Dios y acoge el Evangelio como su norma de vida” (VD 83). Mediante la profesión de los consejos evangélicos, estamos llamados a ser “la memoria viviente del modo de existir y de actuar de Jesús” (VC 22), la *exégesis* viva de la Palabra (VD 83). El Evangelio es la regla suprema de todos los institutos y formas de vida consagrada y es también el punto de encuentro para todas las Iglesias en su camino hacia la plena comunión. En particular, hemos de agradecer a las comunidades surgidas de la Reforma el testimonio de amor a la Palabra de Dios, de la que han hecho su alimento cotidiano. Una buena muestra de ello es la Regla que al empezar cada día repiten nuestras hermanas de la Comunidad de Pomeyrol (junto con otras comunidades protestantes), y que

107s. No estará de más advertir que esta igualdad en Cristo no significa en modo alguno uniformidad... Este equívoco podría oscurecer la usual comparación de la unidad en Cristo con la que tienen los radios de una rueda, que están unidos entre sí en la medida en que convergen y se juntan en un mismo eje, que les da sentido y consistencia. Para evitar este equívoco es preferible usar la imagen del poliedro, sugerida por el Papa Francisco (cf. EG 236).

22 Cf. FR. RICHARD, *Taizé: la «parabole de la communauté»*: Unité des Chrétiens 159 (2010) 13-16, cit.16.

constituye una verdadera quintaesencia del Evangelio: “Ora y trabaja para que Él reine. Que en tu jornada, el trabajo y el descanso estén vivificados por la Palabra de Dios. Mantén en todo el silencio interior para permanecer en Cristo. Déjate penetrar por el espíritu de las Bienaventuranzas: Alegría, Sencillez, Misericordia”<sup>23</sup>.

### B. La comunidad religiosa, parábola del Reino

Las comunidades surgidas en el seno de la Reforma han recuperado la consagración religiosa como una actualización del bautismo, que nos ayuda a vivir con más radicalidad los valores del Evangelio<sup>24</sup>. Por la profesión de los votos renunciamos y denunciamos a los ídolos que esclavizan y enfrentan a los hombres (poder, éxito, placer, dinero, posesiones...) para entregarnos plenamente al proyecto de Dios, que quiere construir un mundo en el que todos sus hijos se sientan libres, seguros y amados. Seguimos a Jesús por el camino del amor más grande, que ensancha nuestro pequeño corazón para que en él quepan todos... ¡empezando por los hermanos de comunidad que nos ha dado!

También la fraternidad religiosa enraiza en el bautismo, que nos hace miembros del único Cuerpo de Cristo. El Apóstol Pablo lo expresaba vigorosamente: “Todos los bautizados en Cristo os habéis revestido de Cristo: ya no hay judío ni griego,

23 Cf. *La Communauté de Pomeyrol: Foi et Vie* 6 (1977) 56.

24 Sor Myriam, que fue durante 22 años (1974-1996) Priora de las Diaconisas de Reuilly y la redactora de su Regla (en 1983), escribía en 1972: “Para mí, no hay ninguna duda: como consecuencia de mi bautismo, los votos de obediencia, de celibato y de pobreza me entroncan con la Iglesia indivisa” (cf. SOEUR BÉNÉDICTE, *À la recherche de la grande couleur chrétienne*, cit. 84s). A esta revalorización de los votos como actualización de la consagración bautismal contribuyó notablemente Sor Antoniette Butte, fundadora de la Comunidad de Pomeyrol, con su obra *L’Offrande : office sacerdotal de l’Église* (Librairie Oberlin, Strasbourg-Paris 1965). Cf. también el testimonio de Sor Minke de Vries, que ha sido priora durante 30 años de la Comunidad de Grandchamp: “La llamada con que Jesús nos invita a seguirlo, junto a las hermanas que nos ha dado (dones, fragilidades, heridas incluidas), nos permite descubrir cada vez más la fuerza del bautismo”: *Hacia una gratuidad fecunda. La aventura ecuménica de Grandchamp* (Paulinas, Madrid 2014), p.83.

ni esclavo ni libre, ni hombre ni mujer, porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús” (Gal 3,27s). La incorporación a Cristo elimina las diferencias que nos separan y transforma a las otras en una riqueza que compartimos, porque nos pertenecemos unos a otros. La Iglesia es, ante todo, un misterio de comunión (*koinonía*), que brota del amor trinitario y que, permaneciendo diferentes, nos hace tener “un solo corazón y una sola alma” (Hch 4,32).

Esta espiritualidad de comunión se alimenta a través del intercambio de dones, reconociendo y celebrando la acción del Espíritu en los hermanos, hasta ver en cada uno de ellos un regalo<sup>25</sup>. A través de este intercambio de dones, que es expresión de una comunión personal más profunda, la comunidad religiosa se convierte en parábola del Reino. Recuerdo que en el encuentro interconfesional de vida consagrada que la CIVCSVA organizó a principios de este año, una Diaconisa de Reuilly, Sor Mireille, nos presentaba “la vida fraterna en comunidad como un germen fecundo de unidad para la Iglesia”, y nos decía: “El trabajo diario de la comunidad es amar”. Y amando, la comunidad entra en el corazón de la Iglesia y se convierte –como ella– en fermento de resurrección para el mundo, en fermento del Reino<sup>26</sup>.

Firmemente arraigada en la consagración bautismal y animada por el amor más grande, la comunidad religiosa se convierte en imagen y primicia de una Iglesia plenamente reconciliada y unida en la variedad de sus dones. Pero la unidad fraterna anhela expresarse y alimentarse en la mesa eucarística. Quienes han hecho de su vida una ofrenda al Señor, que comparten con los demás hermanos, no soportan verse separados cuando celebran precisamente el “sacramento de piedad, signo de unidad y vínculo de amor” (SC 47) que es “fuente y culmen de toda la vida cristiana” (LG 11). En muchas ocasiones, los participantes en encuentros ecuménicos nos vemos

25 Sobre la espiritualidad de comunión, cf. JUAN PABLO II, Carta Apostólica *Novo Millennio Ineunte*, n° 42ss. Así rezaba el estribillo de una hermosa canción empleada en la Asamblea Ecueménica Europea de Graz (1997): *Zusammen ist schöner, du bist ein Geschenk für mich!* (“Juntos es más hermoso, ¡tú eres para mí un regalo!”).

26 Las actas de este coloquio ecuménico van a ser publicadas en *Sequela Christi*, revista oficial de la CIVCSVA.



interiormente escindidos entre la fidelidad a la disciplina de la propia Iglesia, que no permite la *communicatio in sacris*, y la experiencia de unidad que estamos viviendo, que la haría oportuna y provechosa. Ojalá que al menos las comunidades y hogares interconfesionales –primicia de la Iglesia del mañana– no tengan que sufrir más este doloroso desgarramiento<sup>27</sup>.

### C. Comunión y misión: Para una Iglesia en salida

La apremiante llamada del Papa Francisco a la transformación misionera de la Iglesia, a ser una *Iglesia en salida*<sup>28</sup>, cobra una resonancia especial en todos los que sentimos una vocación a la vez religiosa y ecuménica. Por nuestra consagración, somos testigos directos de la fuerza transformadora del Evangelio, capaz de renovar al ser humano desde dentro. Por nuestra vivencia comunitaria, llegamos a ser ‘expertos en comunión’ y podemos ofrecer al mundo –en palabras del mismo Papa– “un modelo concreto de comunidad que, a través del reconocimiento de la dignidad de cada persona y del compartir el don que cada uno lleva consigo, permite vivir en relaciones fraternas”. Estamos llamados a vivir y contagiar la *mística del encuentro*<sup>29</sup>.

Por otra parte, la llamada del ecumenismo nos ha hecho descubrir que los muros que separan a los cristianos no llegan hasta el cielo y nos previene contra el peligro de habituarnos

27 Nos da un testimonio de esta lacerante experiencia Sor Minke de Vries: “Nuestros amigos ortodoxos se sienten felices al descubrir en nuestra liturgia cantos y troparios, con tonos bizantinos. La separación que vivimos se hace todavía más dolorosa en la Eucaristía del domingo por la mañana y ellos prefieren no asistir. Queda una semilla eucarística caída en la tierra y vivida con intensidad en Grandchamp: con ocasión de un retiro, se celebró la Divina Liturgia que reunió a ortodoxos y protestantes. Antes que los ortodoxos comulgasen con el cuerpo y la sangre de Cristo, el sacerdote se puso de rodillas delante de nosotras y nos pidió perdón por no poder invitarnos. Estábamos conmovidas hasta llegar a llorar”: *Hacia una gratuidad fecunda*, p. 133s.

28 Entre otros muchos textos, cf. el cap. 1 de la Exhortación *Evangelii Gaudium* (nn. 19-49).

29 Papa Francisco, *Carta Apostólica a todos los consagrados con ocasión del Año de la Vida Consagrada*: Acta Apostolicae Sedis 106 (2014) 939.

a ellos, como si la separación fuera un hecho natural. En realidad –nos advertía el Concilio– “esta división contradice clara y abiertamente la voluntad de Cristo, es un escándalo para el mundo y perjudica a la causa santísima de predicar el evangelio a toda criatura” (UR 1; cit. en UUS 6).

No podemos dejar de subrayar el vínculo inseparable que existe entre la misión y la unidad, hasta el punto de que el empeño por la unidad es “camino ineludible de la evangelización” (EG 246). Pero esto no ha de entenderse sólo por motivos de ejemplaridad o de estrategia misional. Antes que al *quehacer*, la causa de la unidad afecta al *ser* –o no ser– de la Iglesia porque, sencillamente, para ser la Iglesia de Jesucristo, tiene que ser “una, santa, católica y apostólica”. Y hoy ya no nos cabe duda de que la autosuficiencia confesional y los particularismos excluyentes oscurecen el verdadero rostro de la Iglesia y le impiden manifestar la plenitud de su unidad y catolicidad<sup>30</sup>.

La vida religiosa, con su trayectoria de entrega al *Único necesario* (cf. Lc 10,42) y de múltiples servicios a la humanidad doliente, puede ayudar a las Iglesias a superar la autocomplacencia y la autorreferencialidad (cf. EG 8), para avanzar en el proceso de reforma permanente (UR 6), que –en palabras del Papa Francisco– debe ser todo un camino de conversión pastoral y misionera (cf. EG 25-27).

Las comunidades ecuménicas ofrecen abundantes y luminosos ejemplos de esta Iglesia en salida hacia las fronteras y periferias geográficas, culturales y existenciales. Sin repetir nombres más conocidos, baste con citar aquí un par de ejemplos solamente. Uno es el *Monasterio de la Santa Cruz* en Rostrevor (Irlanda del Norte), fundado por Benedictinos Olivetanos procedentes de la Abadía francesa de Bec (Normandía), que ha mantenido históricamente estrechos lazos con la Iglesia anglicana. Además de la dedicación al culto divino y de su ministerio de acogida y acompañamiento espiritual, los Benedictinos de Rostrevor realizan un valioso servicio de reconciliación entre las comunidades católicas y protestantes de Irlanda del Norte, heridas por un largo y sangriento conflicto que, además de las víctimas directas, ha dejado tras de sí muchas secuelas

30 Véase el documento ya citado del Grupo des Dombes, *Pour la conversion des Églises*.

negativas. Su testimonio de comunión, sencillez y cercanía a la gente, libre de cualquier interés o connotación nacionalista, ha hecho que Rostrevor sea para todos los nordirlandeses un lugar de reconciliación, sanación y esperanza<sup>31</sup>.

Otro ejemplo es el de la *Comunidad ecuménica de Lomme* (cerca de Lille, Francia), integrada por Hermanas de distintas confesiones y congregaciones religiosas, unas católicas (Oblatas de la Eucaristía, Carmelitas de San José) y otras protestantes (Diaconisas de Reuilly, Comunidad de Grandchamp). Cada una de ellas aporta a la comunidad los valores y convicciones de su Iglesia respectiva, pero todas comparten el amor y el testimonio de la unidad, que en este caso alcanza a los enfermos de la contigua *Maison Jean XXIII*, especializada en cuidados paliativos. En la atención a estos pacientes más necesitados de amor gratuito, en la acogida a sus familiares y a otras muchas personas que frecuentan el complejo hospitalario y los otros servicios sociales ubicados en este entorno (que lleva el nombre significativo de *Humanité*), la Comunidad de Lomme lleva adelante un intenso y fecundo intercambio de dones. Y, aunque sólo tenga cinco años, esta pequeña “parábola del Evangelio” es todo un signo de esperanza.

#### A MODO DE CONCLUSIÓN

A la hora de concluir esta comunicación, me viene a la mente lo que el Papa San Juan Pablo II nos decía al final de la Exhortación *Vita Consecrata*. Como en otros ámbitos, también en éste del ecumenismo, los religiosos no sólo tenemos una historia gloriosa para recordar y contar, sino *una gran historia que construir* (cf. VC 110). Porque hoy, quizás más que nunca, el mundo necesita nuestro testimonio de unidad en la diversidad, de reconciliación y curación de las memorias, de fraternidad universal. El ecumenismo de la vida consagrada nos recuerda nuestra misión de ser “testigos y artífices de

31 Cf. T.M. MARTEAUX, *Un témoignage de communion: le Monastère de la Sainte Croix en Irlande du Nord: Unité des Chrétiens* 159 (2010) 23-26; M.-E.M. NOLAN, *Fresh Springs from an Ancient Well. The Story of the Rostrevor Benedictines* (Octagon, Belfast 2011).

aquel ‘proyecto de comunión’ que constituye la meta de la historia del hombre según Dios<sup>32</sup>. No es, por tanto, –y no debería serlo nunca– un aspecto secundario u opcional en nuestra vida. Esta convicción, compartida por todos los que participamos en el Encuentro interconfesional de religiosos/as que organizó la CIVCSVA a principios de este año, ha quedado recogida en el *Comunicado Final*, en un denso párrafo que podría servirnos de síntesis conclusiva:

“Cuando las personas consagradas responden de verdad a su vocación de ser mujeres y hombres de comunión, de reconciliación con Dios y entre ellos, de unificación interior, de misericordia, como ‘incansables constructores de fraternidad’ (Papa Francisco, *ibid.*), entonces son *servidores de la comunión en la Iglesia y entre las diversas Iglesias*, bajo la acción del Espíritu Santo que suscita los carismas que ellos viven. La vida religiosa por su búsqueda de unidad con Dios y dentro de la comunidad fraterna, especialmente cuando consigue reconciliar las diferencias y superar los conflictos, realiza de manera ejemplar la oración del Señor para que ‘todos sean uno’ (Jn 17,21) y se convierte en una ‘escuela de ecumenismo’. La santidad que pasa por una cada vez mayor comunión con Dios y un amor fraterno hasta la cruz –hasta el martirio, que ha mezclado la sangre derramada de tantos consagrados de toda procedencia confesional– es el único camino hacia la unidad”.

En su *Carta Apostólica a todos los consagrados* –de la que se hace eco este Comunicado– el Papa Francisco nos ha llamado a ser “incansables constructores de fraternidad”. Pero esta vocación nuestra no se realiza sólo en el interior de nuestras comunidades, sino que hemos de ser también “servidores de la comunión en la Iglesia y entre las diversas Iglesias”. Podremos hacer este servicio si –como dice también el Papa al hablar de sus expectativas– sabemos “crear otros lugares donde se viva la lógica evangélica del don, de la fraternidad, de la acogida de la diversidad, del amor mutuo”<sup>33</sup>. *Res nostra agitur*: Ésta es nuestra tarea, y ésta será sin duda nuestra mayor alegría.

José M<sup>a</sup> Hernández Martínez CMF  
*Facultad de Teología de Granada*

32 SCRIS, *Religiosos y promoción humana*, 24. Citado por FRANCISCO, *Carta apostólica a todos los consagrados*, en AAS 106 (2014), p. 938.

33 *Carta a todos los consagrados*, p. 941s.

## SUMARIO

El artículo muestra la profunda afinidad que existe entre el ecumenismo y la vida consagrada, presentando primeramente (“una historia de amor”) algunas comunidades y movimientos religiosos que han sido y continúan siendo un ejemplo atractivo de unidad y reconciliación entre las Iglesias. La segunda parte explora las razones teológicas de esta afinidad profunda: el seguimiento de Jesucristo según el Evangelio y la comunidad religiosa como una parábola del Reino donde se cultiva el encuentro y la acogida, pero también la llamada y la salida hacia las periferias.

**PALABRAS CLAVE:** Vida consagrada, unidad de las Iglesias, radicalidad evangélica, conversión confesional, mística del encuentro, intercambio de dones, comunidad en salida.

## SUMMARY

This article shows the close affinity there is between the ecumenical endeavor and the consecrated life. It first presents “a history of love” as manifested in some religious communities and movements which have been an attractive example of unity and reconciliation between Churches. The second part explores the theological reasons for this close affinity, namely, the following of Christ according to the Gospel and the life of a religious community as a parable of the Kingdom where personal encounter and reception are cultivated, as well as the call to go out into the peripheries diligently attended.

**KEYWORDS:** Consecrated life, unity among the Churches, evangelical fidelity, confessional conversion, mysticism of encounter, interchange of gifts, outgoing community.